



# Las Cien Caras del PSOE

ALVARO VEGA

El episodio de las caras de Julián Díaz no sirve nada más que para corroborar el estado de la cuestión. Precisamente no es el presidente de la Diputación Provincial una persona a la que le guste aparentar. Para él, la prensa, los periódicos, es un mal necesario. En la sensación de necesidad le gana a muchos de sus compañeros, que tienen a los medios de comunicación como meros pañuelos de un solo uso, para usar y tirar.

De cualquiera de las maneras, lo acontecido con el cuadro de Julián Díaz no es más que el reflejo de una situación latente que por mucha huelga general y mucho sindicato no termina por redimirse.

Los socialistas saben que una cosa es la sensación que se quiere transmitir desde algunos sitios y otra son los votos. Mientras que los ciudadanos sigan dándole mayoría, y de momento la tiene, lo demás son juegos de artificio. Esta es una de las grandezas y, también, una de las debilidades de la Democracia. Para remediar eso ya dijo Churchill que era el «menos malo de los sistemas».

Cabe una reflexión sobre el episodio del dichoso cuadro del antepecho del coro de la iglesia de la Merced. No es casualidad que a alguien se le ocurra pintar a un fraile mercedario con la cara de Julián Díaz.

El culto a la personalidad es una de las características de esta sociedad anclada en su etapa política anterior, el culto de los líderes aunque en este caso no sea por méritos o decisión propia. Se adora al que manda, sea quien sea. Se sirve al que dispone del poder. Se es sumiso al que tiene en sus manos un cargo, un nombramiento, en definitiva, un presupuesto.

Da igual que sea líder natural, que sea simpático o que se le odie. Da lo mismo que para ello se tenga que renunciar a principios o a lo que sea. Es indiferente que tenga una cara u otra. Para esta mentalidad del peloteo hay siempre mil caras. Mil caras para adorar y otras mil para odiar.

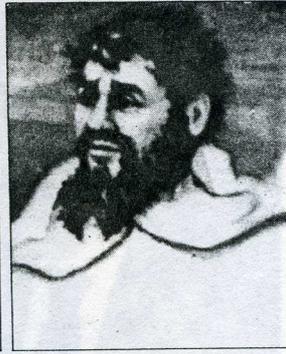
Las primeras son las que tienen el poder con todas sus consecuencias. Las segundas son las que no lo tienen y, como tal, no se merecen el más mínimo respeto. Pero, como se dice, tan pelota es el que da como el que recibe. La mentalidad del peloteo alcanza tanto a quien pinta u ordena pintar un cuadro como a quien no se le cae la cara de vergüenza por aparecer en él vestido de fraile mercedario.

El tener todo el poder da muchas ventajas. No hay que contar con la oposición para nada, se puede gobernar cómodamente y se permite saltar muchas cosas que, con la necesidad aunque sea tan sólo de un puñado de votos, sería inviable rechazar.

Se tienen todos los argumentos. Se tienen los presupuestos. Se tienen cogidos por el estómago a los pelotas. Se tienen los amigos de conveniencia. Se tiene casi todo. Pero no tiene la patente de corso.

## El error

En esta historia del cuadro, lo realmente lamentable no está en el hecho en sí. Está, como en muchas ocasiones, en lo que representa. Aquí, incluso, hasta metafóricamente. El concepto socialista de lo bien que lo están haciendo les lleva a situarse hasta cerca de la divinidad. Sí, físicamente cerca de la Virgen, que para eso tienen mayoría absoluta en



Cabe una reflexión sobre el episodio del dichoso cuadro del antepecho del coro de la iglesia de la Merced. No es casualidad que a alguien se le ocurra pintar a un fraile mercedario con la cara de Julián Díaz. El culto a la personalidad es una de las características de esta sociedad anclada en su etapa política anterior, el culto de los líderes aunque en este caso no sea por méritos o decisión propia. Se adora al que manda, sea quien sea. Se sirve al que dispone del poder. Se es sumiso al que tiene en sus manos un cargo, un nombramiento, en definitiva, un presupuesto.

casi todos sitios.

Nadie sabe muy bien quien dijo que pintaran a Julián Díaz. ¡Qué bondad manaba el presidente de la Diputación la pasada semana en la entrevista que le hizo Antonio Herrero en «El Primero de la Mañana en Antena 3».

Parecía un hombre de lo más normal, corriente, modesto, sin grandes pretensiones. Un hombre que no sabía muy bien lo del cuadro, como si no estuviera a cien metros de su despacho. Como si la iglesia de la Merced estuviera en La Granjuela, en vez de en el mismo edificio que su sillón.

La verdad es que Julián Díaz no se distingue por las alharacas que montaba su predecesor en el cargo, el bienperdido José Miguel Salinas. Lo suyo no es la imagen, ni las grandes celebraciones del Día de Andalucía, ni las laudatorias notas oficiales, ni nada de eso.

Lo suyo son los caminos vecinales, los baches, las cunetas, las casas de la cultura, los acerados y esas cosas. El disfruta en mangas de camisa en su despacho adjudicando obras mejor que saliendo en la foto junto a Carmen Romero.

¿Qué ha pasado entonces para que suceda este espectáculo? Simplemente que, al final, todos terminan confundiendo poder e institución con «una finca de tierra» o de vulgo, corrijó.

Que se traiciona uno a uno mismo sin querer y que pasan cosas que no deben enterarse los medios informativos. Ese ha sido el mal del caso de las caras de Julián Díaz, que hubo un ávido periodista que se enteró y ahí se formó el

gran lío.

No ha tenido suerte el presidente de la Diputación. No sólo han sido las bendiciones que le han solitado por la calle, ni que haya salido en «El País» dos veces en tres días, ni que haya tenido que ordenar que se disfigure la cara del fraile mercedario. Nada de eso. Lo malo para él es que sus propios enemigos en el partido, en el socialista, han enviado recortes de NUEVO DIARIO a todas partes, a los psolistas en el exilio como José Miguel Salinas y Manuel Melero.

## El milagro

Es como «El Milagro de la Nuestra», que así llama el populista Enrique García Montoya a que 132 opositores consigan la misma oposición en la misma prueba de la RTVA.

Es el arte de «las cosas bien hechas», como el presentarse aquí de una manera y allí de otra. «Tú juegas de bueno, que yo jugaré de malo» parece que es el mensaje. Tener cien caras, tan rápidas de cambiar como en el cuadro del antepecho del coro de la iglesia de la Merced.

Todo un lujo que se pierde cuando abandonen la mayoría absoluta. Ese parece que es el objetivo de todos. De Izquierda Unida, por un lado. Del Partido Popular, Centro Democrático y Social y Partido Andalucista, por el otro. Será como el chocolate del loro. Al menos, será chocolate.